

Paco Camarasa Sangre en los estantes



Sangre en los estantes es el libro de cabecera para todos los amantes de la novela negra de nuestro país. Paco Camarasa, uno de los mayores especialistas en la materia, exlibrero y comisario de BCNegra, nos plantea un libro ordenado, como buen librero, de la A a la Z, con la historia de este ya mítico género literario, hoy en día tan de moda.

El libro nos ofrece un recorrido por los grandes nombres del género, explicándonos sus mayores aportaciones. También despliega un sinfín de anécdotas y desmenuza las diferencias dentro del género por países y culturas, las subcategorías dentro de lo que denominamos novela negra y un sinfín de historias.

Todo ello relatado con la sabiduría, la pasión y la proximidad que solo Paco Camarasa tiene. Por este motivo es el más querido y reconocido experto en el género, y siempre consigue mover a los lectores.

«Durante años, Paco Camarasa fue esa voz predicando en el desierto que defendía la validez de la literatura negra en este país. Hoy, gracias a él, el género negro ha cruzado la barrera de los prejuicios».

VÍCTOR DEL ÁRBOL

«Pregúntale a Paco por cualquier libro negro o blanco, verde o azul. Lo conoce. Y encima, tiene criterio. Y encima, es humilde. A veces me resulta irritante, la verdad».

ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

«En tiempos de dudas, agárrense fuerte a Paco Camarasa: es la mejor brújula que existe en mar y tierra para un lector despistado. Y escribir novela negra solo tiene sentido si le va a gustar a él».

BERNA GONZÁLEZ HARBOUR

«Todo aquel que amase la librería y todavía más a Paco estará encantado de poder leer este libro sobre lo que es la novela negra. En él nos habla y nos descubre escritores, tanto los clásicos como los contemporáneos, y nos demuestra una vez más lo inteligente y acertadas que pueden llegar a ser sus recomendaciones literarias. Un libro imprescindible para cualquier amante del género negro».

DONNA LEON

«Conozco a Paco Camarasa desde el año 2000, cuando se editó en España mi primera novela, *Noticias de la noche*.

Desde que conocí a Paco entablamos amistad inmediatamente. Tuve mi primera impresión al conocer su librería Negra y Criminal. La segunda grata sorpresa fue cuando empezamos a entablar una amistad más estrecha. Me impresionó su profundo conocimiento de la novela negra y criminal. Soy consciente de que hoy en día hay un gran número de escritores que publican artículos y ensayos sobre la novela criminal. Pero Paco siempre ha hecho mucho más que eso. No solo es todo lo que sabe; es el amor que profesa por ello. No solo conoce todos los detalles del género, sino que lo ama profundamente».

PETROS MÁRKARIS

«Cuando ejercía de librero, Paco Camarasa daba la sensación de haberse leído y aprendido de memoria todos los libros que llenaban su establecimiento. Este libro demuestra que la leyenda está basada en hechos reales».

ANDREU MARTÍN

«Desde una pequeña librería en la Barceloneta, Paco Camarasa animó, promovió, categorizó la literatura negrocriminal contemporánea y, muy en especial, la escrita en castellano. Su trabajo se apoyó en su conocimiento enciclopédico del género. Su proyección, en la pasión con que acogió obras y autores, como el mejor librero que ha tenido la novela policial en España... y más, mucho más allá».

LEONARDO PADURA

«Un intelecto audaz, una mente abierta a todo, un criterio magistral para el crimen, unido al corazón de un librero, ha-

cen imprescindible un libro sobre género negro escrito por Paco Camarasa».

DOLORES REDONDO

«Escritores hay muchos, quizá demasiados. Lectores que lo sean de verdad, no hay tantos. En el ramo negrocriminal, hay un lector indiscutible: Paco Camarasa. Que se haya decidido a escribir lo que sabe es una magnífica noticia. No dejen de consultarlo: es de fiar».

LORENZO SILVA

«Cuando encuentro a Paco Camarasa, y eso suele ser una vez al año en algún lugar del mundo, siempre le pregunto lo mismo: "¿Qué hay que leer?". Y nunca falla».

PACO IGNACIO TAIBO II

«Paco Camarasa es un personaje libresco. Está hecho de libros y de conciencia de clase. El mejor cóctel posible. Puso en marcha junto con Montse Clavé la librería Negra y Criminal, que fue más que eso: una bomba cultural que ocasionó maravillosos cataclismos literarios entre lectores, libros y autores».

CARLOS ZANÓN

Sangre en los estantes *también es tuyo, Mon-*
tse

Prólogo

Cuando Montse Clavé insistió en que nos atreviéramos a crear *Negra* y *Criminal* y abrimos las puertas de la librería, en diciembre de 2002, los lectores y lectoras nos pedían, aparte de novelas, manuales para orientarse en el laberinto en que se estaba convirtiendo el género negro. Querían saber más.

Pero los textos de Javier Coma y de Salvador Vázquez de Parga estaban agotados; y en la sección de libro usado, de cuando en cuando, entraba algún «arca perdida»: una biografía de Hammett, el *Diccionario de novela negra norteamericana*, de Coma (tanto en catalán como en castellano), un Hoveyda, ya muy poco válido... No había ensayos ni manuales que explicaran qué era aquello de «novela negra», «novela policial», «novela enigma», o cuáles eran las diferencias entre ellas. Por eso, andábamos explicándolo a través de los ejemplos más simples: «novela enigma» es aquella que escribieron autoras como Agatha Christie, Dorothy Sayers, P. D. James y los autores y autoras parecidos; «novela negra» es aquella escrita por autores como Hammett, Chandler, Ross Macdonald. Aun así, las clasificaciones y las etiquetas encerraban una realidad más viva, y constreñían un género que cada vez contaba con más propuestas nuevas. Propuestas nuevas en cuanto a los protagonistas, las geografías y las temáticas; pero también sobre las historias a narrar y las formas narrativas, la realidad oculta a desvelar y las atmósferas en las que sumergirse. Más

de lo mismo, pero también nada que ver con lo de siempre.

Un día, Pau Pérez y Jordi Muñoz, los directores de la Escuela de Escritura del Ateneo Barcelonés, me propusieron que diera un curso para escribir novela negra. Pero yo no sé escribir novela; ni negrocriminal ni de la otra. Por ello, les propuse a los de la Escuela de Escritura (siempre ha sido un placer dar clases allí) que sustituyéramos la escritura por la historia: explicar la historia del género negrocriminal y de sus autores.

La primera imagen que muestro en el curso, cuando consigo aclararme con el ordenador y el PowerPoint, es una guillotina. La guillotina es el símbolo de una Revolución francesa que, a su vez, representa el triunfo de la burguesía y de la ciudad como espacio y, por lo tanto, la creación de los cuerpos de policía. A partir de ahí, empiezan unas horas apasionantes (al menos para mí) donde explico la evolución de un género fascinante.

Mis clases son la historia del género negro contada por un librero, que es lo que soy. No soy un intelectual, ni un creador. Soy un divulgador, un agitador, un prescriptor; un librero, que es el mejor divulgador, agitador y prescriptor que puede haber. El librero es un transmisor privilegiado. El enlace necesario entre los autores y editores y el lector. Dicen los editores que su profesión es la más hermosa que hay. Pero su excelente trabajo puede verse mediatizado por la distribución y otras intermediaciones. El librero recoge el trabajo de los editores y se lo entrega al destinatario final: el lector o lectora. Aunque el librero necesita clientes. Lo que más rabia nos daba en *Negra* y *Criminal* eran las tardes vacías: no vender más. Con la cantidad de buenos libros que teníamos, con la cantidad de buenos autores por descubrir o por recuperar que existían...

Mientras tanto, cada verano, cada agosto, cuando cerrábamos la librería por vacaciones, me ponía en el papel de intentar escribir lo que explicaba en las clases. Pero siem-

pre he sido más de hablar que de escribir; y, no digamos, de razonar... así que llegaba septiembre y las notas acumuladas y los buenos propósitos se diluían entre las muchas ocupaciones que una pequeña librería como la Negra y Criminal exigía para seguir abierta. Guardaba esos propósitos para cuando tuviera algo más de tiempo libre, con la ingenua creencia de que, siendo librero, alguna vez dispondría de ese tiempo libre.

Sin embargo, llegó el año 2015, que fue un año duro. En verano, Montse y yo ya sabíamos que después del 3 de octubre no tendríamos a la Negra y Criminal pidiéndonos todo el tiempo del mundo. A pesar de eso, aquel verano apenas escribí nada. Comenzaba con Poe y lo más lejos que llegaba era a Fantomas y Fu Manchú.

Septiembre fue un mes irrepetible. Por la gente que nos escribió (aún no hemos podido leer todos los mensajes), por la gente que nos emocionó y por la gente que vino a despedirse y nos hizo sentir que formábamos parte de su vida. Quizá no todo lo cotidianamente que necesitábamos para que la librería sobreviviera (ese era parte del problema), pero nos habíamos hecho un hueco en su vida y en sus lecturas, que son una parte importante de ella. Fueron días de hablar, recordar, reconocer, recomendar. De poner uno de los sellos, un *ex libris*, que la librera, Montse, se inventó, para dejar marca donde más nos gusta, en las páginas de un libro.

Entre quienes nos visitaron estaba Emili Rosales, el director editorial de Destino. Emili es uno de los primeros editores que conocí, cuando él todavía era el editor del sello Planeta. Pues bien, Emili pasó por la librería el primer día de septiembre para hacerme una propuesta: quería que escribiera este libro, que espero que ustedes estén a punto de leer.

Este libro es la visión de un librero que se ha especializado en un solo género: el negrocriminal, que en estos últimos años ha ido ocupando cada vez más espacio en las

lecturas, en las mesas de novedades y en los estantes de las bibliotecas y de las librerías. No he pretendido escribir un ensayo teórico ni académico. He tratado de hablar del género a través de sus autores y autora, y de hacerlo desde la experiencia de un librero de la única librería especializada en el género en lo que va de siglo. Por eso, me ha parecido fundamental hablar también de anécdotas y hechos vividos en la librería. Y, por la misma razón, he elegido el orden alfabético: el orden en el que el librero coloca en los estantes de su librería los libros que le llegan y los libros que los clientes descolocan.

Como siempre, hay una contradicción: he escrito el libro que hubiera necesitado en la Negra y Criminal; pero lo he escrito ahora que la librería no lo puede aprovechar porque la Negra y Criminal ya no existe. Espero que con *Sangre en los estantes* puedan compartir conmigo lo que he aprendido en ella.

A

Ambler y las novelas de espías sin espías

La profesión de espía o la afición a espiar es, dicen, una de las más antiguas del mundo. Espías ha habido siempre, y algunos de ellos han aparecido en novelas de aventuras anteriores a la primera guerra mundial (como es el caso de la novela considerada como la iniciadora de este subgénero, *El enigma de las arenas*, de Robert Erskine Childers). Sin embargo, es alrededor de la gran guerra, la época en que William Le Queux, E. Phillips Oppenheim, Sapper y John Buchan comenzaron a publicar sus novelas, cuando comienza a surgir un subgénero —el de espías— que ha ido siempre ligado a la evolución del género negrocriminal, y cuyos libros y autores se han entremezclado en los estantes de cualquier librería negrocriminal que se precie.

Las novelas de Le Queux, E. Phillips Oppenheim y Sapper son inencontrables en castellano. El caso de John Buchan no es mucho mejor: solo la más representativa de su obra, *Los treinta y nueve escalones* (más conocida por la adaptación que hizo un joven Hitchcock que por haber sido leída), puede leerse en castellano. Además, ha envejecido mal. Sin embargo, aún se lee bien *El enigma de las arenas* de Childers, el independentista irlandés que empezó espiando para los ingleses y acabó combatiéndolos para con-

seguir la independencia de Irlanda; fue fusilado por sus cañitas compañeros de lucha.

Buchan y Childers se consideran, formalmente, los fundadores del género de espías.

Pero habría que esperar hasta la segunda mitad de los años treinta para que ERIC AMBLER (Londres, 1909-Londres, 1998) publicara una serie de novelas (*Fronteras sombrías*, la primera, en 1936, y cinco novelas más hasta 1940) y sentara las bases de lo que consideramos novela de espías.

Hijo de actores, vivió una infancia y una adolescencia poco convencional. En su juventud, fue ingeniero y trabajó en publicidad; más tarde se enroló en el ejército. No llegó a disparar un solo tiro, pero se licenció como teniente coronel, y sus labores propagandísticas le permitieron codearse con Frank Capra, Carol Reed, Peter Ustinov y un joven John Huston.

Era antifascista y pacifista en unos tiempos de tambores de guerra. Hizo lo que sabía, escribir, para señalar que la guerra no era la solución. Sus novelas no tienen como protagonistas a brillantes estrategas ni valientes héroes. Sus personajes son espías sin haberlo querido, son personas normales como usted o como yo, que hacen lo que deben o lo que pueden para salir de una situación en que se han visto envueltos. Son hombres corrientes que se ven accidentalmente o bondadosamente implicados en complejas y peligrosas intrigas internacionales. Pero, una vez inmersos en esas situaciones, no se quedan quietos, no se convierten en víctimas pasivas de las circunstancias.

En *Fronteras sombrías* ya se habla de una bomba atómica. Esta primera novela de Ambler es poco verosímil, pero aún se lee bien porque es tremendamente amena. Entre esas primeras seis novelas, que son los cimientos del género, encontramos también *La máscara de Dimitrios*. Una obra maestra. Una novela extraordinaria, dirá Hitchcock.

Guillermo Cabrera Infante, con la exageración habitual en él, aseguró que «*La máscara de Dimitrios* dio a la novela de espionaje una dimensión literaria que no está lejos de *Los papeles de Aspern* de Henry James». En *La máscara de Dimitrios* no hay que averiguar quién es el culpable. Conocemos desde el principio al asesino; o, al menos, su cadáver (o presunto cadáver). La intriga se construye en torno al culpable y no en torno a la víctima o a las víctimas.

Después de la guerra, Ambler viajaría hasta Hollywood, pero ni él ni Hollywood eran los mismos de antes, y regresa a Europa en 1958. Sigue escribiendo, sigue construyendo perfectamente sus novelas, pero ha perdido algo en el camino. Ya no hay entusiasmo ni esperanza. Sigue habiendo denuncia de los poderosos, pero encontramos desengaño y desencanto. Los hechos son contemplados desde fuera, sin la pasión del que actúa.

Su obra, 25 novelas y un libro de memorias, es la obra de uno de los mejores. Me gusta mucho comenzar este libro por Ambler, del que sigo siendo un lector fiel, leal y entusiasta.

Gracias a él (mejor dicho, a la editorial Bruguera de la época, hace muchos años), he aprendido que al subir al tren o al avión hay que llevar no uno sino dos libros para que no pase lo que me pasó en un viaje a Madrid, cuando había Intercity, para ir a una reunión. El viaje transcurrió rápidamente; yo estaba inmerso en las andanzas de Charles Latimer y Dimitrios Makropoulos, abducido por las páginas de *La máscara de Dimitrios*, que se iba deshojando como era habitual en las ediciones de Libro Amigo. Pero cuando solo faltaban las apasionantes últimas treinta páginas, descubrí que las de mi novela se habían quedado en blanco. Maldije a alguien, pisoteé el libro, y el revisor me pidió calma mientras yo trataba de explicarle lo que ocurría. El viaje se había convertido en una pesadilla para mí. ¿Qué pasaría con el pobre Latimer por las callejuelas de París? Al llegar a Atocha, lo primero que hice fue ir a una librería. Tuve suer-

te. Tenían un ejemplar sin páginas en blanco de *La máscara de Dimitrios*. Eso sí, llegué tarde a la reunión, pero valió la pena entrar feliz tras haber terminado la novela.

Hay también otros autores de novelas de espías que aún leo con agrado. Por ejemplo, sigue habiendo uno que me gusta mucho y que ha retomado los temas, los ambientes y los protagonistas inocentes metidos a espías. Me refiero a Alan Furst, que ha recorrido la Europa de finales de los treinta y de la guerra y nos lo cuenta. Aunque no sé si le puedo perdonar los errores sobre la guerra civil española en *Soldados de la noche*. También me gusta Joseph Kanon, en especial en *Estambul*, una novela ambientada en esa ciudad tan querida para Eric Ambler, quien situó en ella *Topkapi*, *Viaje al miedo* y *La máscara de Dimitrios*.

No se preocupen, no me he olvidado: de los espías profesionales de la CIA, del KGB, del MI5, les hablaré cuando hablemos de Le Carré.

Arjouni, el turco que solo sabía alemán

JAKOB ARJOUNI (Fráncfort, 1964-Berlín, 2013) deja su ciudad natal después de la secundaria para instalarse en Montpellier, donde quiere estudiar agronomía y literatura. Como no tenía mucho dominio del francés, pero sí mucho tiempo libre, decidió combatir el aburrimiento escribiendo una novela. Allí nació Kemal Kayankaya, un detective privado triste y solitario que siempre termina metiéndose en mil líos. Y que es rechazado por los alemanes por su aspecto turco, pero también por los turcos porque sospechan que es un renegado y no habla turco ya que quiere ser «un buen alemán». No es, desde luego, un ejemplo de buenos modales. Además, es provocador, sarcástico y algo cínico, y su humor corrosivo le crea problemas a menudo.

Tanto los alemanes como los turcos desconocen que Kayankaya nació en Ankara pero que sus padres, primero su madre y después su padre, murieron cuando ya estaban instalados en Fráncfort. Más tarde fue adoptado por una familia alemana. Es, por lo tanto, de cultura germánica pero de aspecto turco, en unos años en los que el racismo, la xenofobia y la discriminación contra los turcos campaban a sus anchas en la Alemania preunificada. Recuerden también el impresionante testimonio del periodista Günther Wallraff y su *Cabeza de turco*.

Por desgracia, las tres novelas de Arjouni que una pequeña editorial alternativa, Virus, tradujo al español en su momento, han sido poco leídas. ¡*Happy Birthday, turco!*, con prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, *Más cerveza y Rakdee con dos* es no han pasado, en España, de obras de culto entre los seguidores más fieles del género. Quizá su nivel de popularidad hubiera cambiado si se hubiera estrenado entre nosotros la película que la prestigiosa Doris Dörrie hizo basada en la primera de estas novelas.

Las obras de Arjouni son novelas cortas que se inscriben en la tradición de la más genuina y clásica novela negra. Un detective, algo marginal, que llega a fin de mes como puede, con poco presente pero también poco futuro, con pocos amigos, pero testarudo y empeñado en llegar hasta el final. La investigación es simplemente una excusa para denunciar el racismo y la xenofobia, la violación y explotación de los emigrantes, legales o no, y la trata de blancas, en este caso, asiáticas. Arjouni también muestra una policía corrupta, brutal e ineficaz. Sus novelas van impregnándose de desánimo; en ellas, van poco a poco desvaneciéndose los sueños, y no hay ni un atisbo de moraleja o moralina. Son un instrumento para describir el desorden político y social.

En las novelas de Arjouni, Fráncfort «es la ciudad más fea de Alemania», muy alejada de la postal de la Feria Internacional del Libro o de los rascacielos de prestigiosos arquitectos donde se hacen malabarismos con la «arquitectu-